

Tauromaquia

Consideraciones sobre el fanatismo taurino

Por ENRIQUE GUARNER

Entre las posiciones que más he odiado durante mi vida, se halla la del fanático y la mejor definición de esa actitud nos la proporciona Jaime Balmes en su ensayo intitulado "El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea". En esta obra publicada en 1844 el filósofo afirma: "El fanatismo no es más que una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreada por opiniones falsas o exageradas".

Un ejemplo trivial pero claro lo encontramos dentro del mundo taurino mexicano, en el que participo al escribir las crónicas de las corridas en Novedades para la temporada formal. Muchas personas que no cejan de hacer su lectura, las califican como antipatrióticas porque los juicios que emito critican a nuestros toreros y no los colocan por encima de aquellos que nos visitan. Habitualmente estos últimos demuestran una clara superioridad derivada de que cuando actúan en España, Francia o Sudamérica, tienen que enfrentarse con el VERDADERO TORO, con el cual adquieren destreza, técnica y

valor para poder lidiarlo. Por el contrario, los diestros nacionales están acostumbrados a enfrentar el becerrito en los estados y en la capital sólo toreadan novillos dóciles con los que obtienen triunfos dudosos.

Ante esta marcada inferioridad, surgen los fanáticos que sostienen juicios absurdos, manifestando abiertamente que aquí se halla el emporio de la tauromaquia y, aseguran que los nuestros son mejores por pertenecer a la llamada "Escuela Mexicana del Toreo", lo cual los convierte en preeminentes. Cuando uno interroga sobre los cimientos de la misma, nos encontramos con una serie de disparates. Los descubridores de esta entidad señalan que al colocar banderillas los toreros extranjeros traen el "par hecho", que rematan las series después de instrumentar tres o cuatro redondos y que carecen de inspiración o sentimiento sus faenas.

Todos los conceptos anteriores suenan insubstanciales y ligeros porque en primer lugar es difícil poner los rehiletos separados ante un toro de Miura o de Victorino Martín que muestra descomunales pitones. En segundo, resulta muchísimo más bello el que después de una serie de tres o cuatro naturales se remate o concluya lo que se inició y como decía "El Gallo": "lo bien toreado es lo bien arrematado". Cuando se ejecutan muchos redondos el diestro se vuelve un "pegapases" y, no finaliza bien las tandas. Por último, no creo que la inspiración, la emoción o el temple sean atributos exclusivos de los

pobladores de un determinado país. En consecuencia todos los toreros del mundo se dividen en tres grupos: buenos, regulares o malos, y las fronteras nunca decidirán la superioridad de unos u otros.

Aunque las nociones apuntadas sean transparentes, el individuo fanático no puede entenderlas porque fabrica aquello a lo que los psicoanalistas denominamos "racionalizaciones", que no son más que argumentos favorables aunque en el fondo sean erróneos o falsos. Es por esto que cuando en las discusiones se les contradice se topa uno con una pared y para defender a los toreros mexicanos se utiliza un apasionamiento vehemente e irreverente a toda lógica, considerando que la crítica a la patria requiere la aplicación del artículo 33 de la Constitución al cronista.

Parece mentira que tratándose de un arte de apreciación como son los toros se produzcan este tipo de reacciones y se defiendan con mayor ahínco a los lidiadores nacionales que en cosas más trascendentes como sería nuestra música, pintura, medicina o arquitectura. La razón de este fanatismo no reside en conformarse en un pasado glorioso, como fue la época de Gaona, Ortiz, Solórzano, Garza, El Soldado o Arruza, cuando los toreros mexicanos eran tan buenos como los mejores de España, situación que ha sido desbordada por la corrupción en la que hemos estado sumidos a lo largo de más de un cuarto de siglo. El declive actual del toreo en México, ha provocado un conjunto de personas intolerantes y envidiosas que careciendo de objetividad ensalzan e inventan a diestros imaginarios que rara vez triunfan fuera de nuestras fronteras.

La raíz y génesis del fanatismo parte de una inclinación de carácter vehemente que no examina los defectos de las posiciones en que se apoyan y dan lugar a la necesidad inconsciente de dominar a los demás. La noción de cualquier igualdad se vuelve intolerable porque en el fanático predomina la inseguridad y la suspicacia. Siempre suponen que luchan en favor de una gran misión que tarde o temprano será aceptada por los opositores más recalcitrantes. De la misma manera cuando los fanáticos hallan resistencia inventan una conspiración imaginaria. Vemos lo anterior en el campo taurino donde se deduce que la falta de triunfos internacionales de nuestros toreros se debe a las autoridades, empresarios o jueces españoles, evitando involucrar al público ibérico, para que el diagnóstico de "delirio de persecución" no se vuelva demasiado marcado.

En conclusión, el fanático distorsiona y falsifica la verdad con una lógica arreglada y una intolerancia desmedida que se aplica fácilmente en el campo taurino.